

yado sobre su izquierda y la ovejita sobre los divinos hombros, con ambas manos cogida (*Fotograbado 33*). Es Jesu-



*Fotograbado 33*

Iconografía alegórico-eucarística de un sarcófago de Écija.  
Primeros siglos de la Iglesia.—Facsimile por el autor.

cristo Sacramentado apacentando con su santo Cuerpo á los fieles. Finalmente, aparece en varios lugares sobre empinado monte, abrazado á la cruz, con nimbo en derredor de su venerable cabeza y vertiendo de su costado ríos de sangre. En el siglo VI aparece ya el cordero recostado sobre gran libro, llevando atravesado el Lábaro de la Redención, simbolismo que, adquiriendo en lo sucesivo accidentales formas, se ha conservado hasta nuestros días sobre las puertecitas de los Sagrarios y demás lugares eucarísticos, para indicar de que tras él se esconde realmente el Divino Cordero Sacramentado.

## CAPÍTULO XV

### *La Eucaristía en las cárceles*

#### SUMARIO

**202.** Descripción de las cárceles paganas.—**203.** Qué es lo que en ellas practicaban los confesores?—**204.** Los obispos y presbíteros celebraban el Sacrificio en las cárceles.—**205.** En ocasiones con medios extraordinarios.—Pormenores.

**202.** Sigamos los pasos á los primitivos cristianos y veamos cómo son arrojados en tenebrosas y hediondas cárceles. Acerquémonos á la fría reja de la prisión y espere-mos en silencio oír los hermosos diálogos entre los santos confesores y los pérfidos soldados, entre los futuros mártires y los celestiales espíritus, entre los bienaventurados atletas de la Religión divina y Jesucristo su Fundador. Penetremos en las angostas mazmorras y contemplaremos dramas extraños, acciones edificantes, sublimes y heroicos actos, que la mente humana se pasma al contemplarlos. ¡Los cristianos en las cárceles por causa de la fe! ¡Oh, que envidiable condición, qué estado tan feliz! Padecer por Jesucristo es la mayor y más alta gloria que en este mundo puede obtener un cristiano; llevar con resignación y fortaleza los vituperios, los baldones, los azotes, y aún la muerte que se infieran por Él, es gozar felizmente en los mismos tormentos, es la quinta esencia y el cúmulo del honor y de la alegría á que un discípulo del Señor puede aspirar. No hay mortal corona que adaptarse pueda dignamente á las sienes de un mártir de Jesucristo, ni humano laurel que vitoree con

justicia sus triunfos, ni terrena palma que pueda colocarse en la mano de un confesor del Crucificado: porque un mártir de Cristo merece otra corona, otro laurel, palma más gloriosa que la que los hombres puedan otorgar; sólo el Redentor, por quien murieron, sólo el infinito Amor á quien amaron, puede servirles de premio y de eterna felicidad. Pero ¿me habré excedido? Creo no haber dicho lo bastante, porque los mártires no fueron hombres ordinarios, sino héroes en quienes el Excelso puso su mano y les armó de su admirable omnipotencia. Quisiera que la pluma se rompiera en sus alabanzas, pero siento que no sea éste el lugar á propósito para el efecto; no obstante, algo debo indicar sobre sus acciones realizadas en las cárceles, teniendo el placer de extenderme cuando llegemos al punto de nuestro objeto.

Generalmente, cuando un cristiano confesaba su profesión de discípulo de Cristo, era conducido á los tormentos ó á la cárcel. «Ésta, como dice felizmente el cardenal Wissemán (1), hablando de las de Roma, no era por cierto un lugar donde el más miserable desvalido pudiera desear ser encerrado, con la esperanza de encontrar allí mejor alojamiento y manutención que en su propia casa»; antes bien, el dolor, la incomodidad, las tinieblas y un escaso y pobre alimento eran todo su temporal patrimonio. Las cárceles, como dispuestas por entes inhumanos, para el castigo de los que creían enemigos suyos, tenían condiciones ordinariamente peores que las catacumbas. No hay más que observar dos ó tres inmundas cavernas, como las apellida el citado ilustre cardenal, que se conservan todavía en Roma, y en ellas se verá el horror que las dominaba; como también en sus condiciones constructivas se podrán rastrear las cárceles de las otras regiones del globo. La cárcel Mamertina consta de dos estancias cuadradas subterráneas, superpuestas la una á la otra, con una sola abertura redonda en la bóveda de cada una de ellas. Por estas solas aberturas debían penetrar la luz, el aire, los alimentos, todo cuanto á las mismas de-

(1) Fabiola, cap. 21.

bía tener acceso, incluso los mismos presos. Las paredes constaban de anchas y macizas piedras; y en el piso, que era de la misma materia, no había siquiera una vieja y remendada estera que pudiese templar los rigores del frío. En las paredes se descubren con frecuencia argollas de hierro á las que maniataban los cristianos; á otros confesores se les tendía en el suelo con los pies metidos en un doloroso cepo; y para hacer más penoso el estado de los encarcelados sembraban el pavimento de menudos tiestos y cristales rotos, sobre los que necesariamente debían acostarse, si es que deseaban descansar. Considérense estos dolorosos cuadros y aplíquese la atención á las desgarradas carnes y á las acardenaladas espaldas de los fieles que habían sido sometidos á algún género de tormentos, y dedúzcase la comodidad con que podrían recogerse en aquellas horribles cavernas; considérese, además, que cuando la cárcel superior estaba llena de cristianos, eran bajados los que restaban á la inferior, é infiérase la luz y el ambiente que podría penetrar en esta segunda cárcel. Consecuencia de tan atroces medidas, muchos de los católicos encarcelados morían en la misma prisión, por falta de puro ambiente, ó bien por los desmedidos rigores de la misma; y muchos otros, después que los suplicios fueron incoados en sus benditos cuerpos.

**203.** Mas en medio de tanto sufrimiento, los futuros mártires no cesaban de bendecir á Dios, oír las palabras consolatorias que les dirigían los encarcelados más fervorosos, y desear vivamente la unión con Jesucristo. Los diáconos, algunos presbíteros y muchos de los simples fieles, entregaban algunas monedas á los alcaides y guardas de aquellas mansiones de dolor, ó se valían de algún pretexto para introducirse en ellas, y de este modo lograban compartir las penas con sus hermanos; les proporcionaban, asimismo, piezas de vestido, alimentos y algún regalillo; cantaban con ellos las divinas alabanzas; les exhortaban, y celebraban el tremendo Sacrificio del Altar. Así convertían las lúgubres mazmorras en anticipados paraísos, pues á tan-

to llegaba el fervor y alegría de aquellos felices cristianos, que con frecuencia se oía resonar en ambas estancias el dulce canto de los salmos que alternativamente era ejecutado por sus moradores. Entonces la cárcel no era un lugar de tormentos, porque se había convertido en mansión de consolación y gozo; entonces optaban la condición de presos por la de libres, porque en verdad se hallaban libres de las trabas mundanales. «Vosotros, les decía Tertuliano (1) á este propósito, estáis separados del mundo y de sus vanidades, no véis los dioses de la gentilidad, no estáis mezclados con las solemnidades de los paganos, no os ofende el mal olor de los sacrificios, no os perturba la algazara de sus espectáculos, llenos todos de crueldad, de furor y de impureza; vuestros ojos no alcanzan á ver los lugares públicos de prostitución, y podéis entregaros á la lectura y meditación de los Profetas». El mismo S. Cipriano, (2) escribiendo á Sergio, Rogaciano y demás confesores, que estaban en la cárcel por el nombre de Cristo, y viéndose animado de los sentimientos de Tertuliano, exclamaba: «¡Oh cárcel bienaventurada, que es ilustrada por vuestra presencia! ¡Oh bienaventurada cárcel que á los hombres de Dios envía al cielo! ¡Oh tinieblas mucho más resplandecientes que el mismo sol, y mucho más claras que esta luz del mundo, donde al presente se han erigido los templos de Dios, y donde se han de santificar vuestros miembros por las alabanzas divinas...! Nadie piense en la muerte, sino en la inmortalidad; nadie en la pena temporal, sino en la sempiterna gloria; porque está escrito: *Preciosa es en la presencia del Señor la muerte de sus santos*». Si á esto se añade el gozo que los confesores experimentaban con la presencia de Jesús Sacramentado, á quien poseían durante el Sacrificio que en las mismas cárceles se celebraba y mientras le conducía algún diácono para comulgarles, contemplaríamos el precioso, conmovedor y alegre cuadro que en aquellas cavernas se representaba.

(1) Lib. de los Mártires.

(2) Epist. 81.

204. Sin duda, éste era el motivo más poderoso de la resignación y entusiasmo de los fieles encarcelados, porque con él cobraban nuevas fuerzas para sufrir los tormentos y aun para responder intrépidamente á los tiranos, así como para desafiar la misma muerte. Por esta razón, los mártires no anhelaban sino el Pan de los fuertes; y «fué disciplina recibida en aquellos tiempos de persecución, dice Sandelio, (1) que los obispos y presbíteros, encarcelados por causa de la fe, ofreciesen el santo Sacrificio». Esto, que lo confirma Fronto, canciller de París, y se desprende de otros testimonios de santos Padres y escritores que han tratado expreso la presente materia, puede servir de base para poder levantar el bello edificio que intentamos. En efecto; muchos santos obispos y presbíteros encarcelados, de los cuales no nos dicen expresamente sus actas si celebraron en la prisión, lo ejecutaron efectivamente; pues ni la razón natural lo repugna, ni carecían los celebrantes de medios para perfeccionar el Sacrificio, ni faltan testimonios suficientes para probar que las más de las veces celebraron; de lo que, atendidos los testimonios mencionados, podemos formar concepto de que así realmente sucediese. El Apóstol de las gentes (2) estuvo dos años preso en la cárcel de Cesárea, por la envidia que le tenían los judíos. Ahora bien; ¿será posible, pregunto, que en todo este tiempo no celebrase el Apóstol? Creo que juzgaría muy bajamente quien lo afirmase, mayormente atendidas las circunstancias de que se hallaba rodeado, porque, según dicen los Hechos Apostólicos, se permitía entrar en su prisión á todos los cristianos y gentiles que deseaban hablarle. Si, pues, en la historia eclesiástica encontramos pasajes semejantes á éste, y sabemos por la misma, que sólo por la circunstancia de permitir á los cristianos la entrada en la cárcel, se proveían éstos de ornamentos, vasos sagrados y utensilios necesarios para celebrar, los cuales presentaban á los sacerdotes encarcelados, para que dijese

(1) ...Receptam scilicet disciplinam fuisse, ut Episcopi aut sacerdotes propter fidem inclusi Deo sacrificium offerrent. Sandell., De sinax. Christian., cap. 11.

(2) Act. Apost. cap. 23 et seq.

la santa Misa ¿cómo dejaría de obrarse lo mismo con S. Pablo? Remitiéndome con el pensamiento al estado de la Iglesia en los primeros siglos, tengo para mí como argumento concluyente el mencionado.

Las actas del Martirio de S. Felipe de Heraclea y compañeros suyos dan una prueba patente de lo que aseguramos. Estaba este santo ordenado de diácono, cuando, por sus no comunes méritos, fué promovido al presbiterado y obispado de Heraclea, portándose en su elevado ministerio como buen pastor de su espiritual rebaño. La persecución ardió en voraces llamas contra la Iglesia, y S. Felipe renovó su celo y reanimó sus fuerzas para oponerse al enemigo común de los fieles. No sólo se atormentaba á los cristianos y se demolían las iglesias, sino que se arrancaba violentamente de las manos de éstos los vasos sagrados y las divinas Escrituras. Negóse, como era justo, S. Felipe á entregar las cosas sagradas, pues como dijo á Baso, gobernador de la Tracia, que se las pedía, «(1) ni á vos os aprovecha el tenerlas, ni á nosotros nos es permitido el dárselas». Afrentado Baso por esta digna respuesta, mandó le diesen de palos, y le llevasen á la cárcel como también á sus compañeros, entre los cuales se hallaba el presbítero Severo y el diácono Hermes, amigos íntimos del santo. Todos los arrestados, entre dos filas de militares, se dirigieron á la cárcel alabando á Dios Nuestro Señor porque les había procurado padecer por su gloria, y ejerciendo en la misma prisión las funciones que celebraban en sus iglesias. Baso, como todos los hombres perversos, cayó del poder, sucediéndole Justino, varón corrompidísimo, quien, no obstante, templó el rigor en que se hallaban los futuros mártires; pero tentado por el diablo, dicen las actas (1), mandó les condujesen de nuevo á la prisión, donde los tuvo siete meses. Pasó Justino á Andrinópolis é hizo llevar allá á S. Felipe y demás cristianos que con él estaban. «Luego que salieron de Heraclea, (son palabras de las mismas ac-

(1) Ruinart. Martirio de estos santos.

tas,) todos los hermanos se mostraron inconsolables, viéndose á pique de perder para siempre á su querido Maestro y Santo Pastor. Y así, á la manera que los niños, á quienes arrancan del pecho de sus amas, lloran y gritan sin consuelo, del mismo modo los cristianos de Heraclea, *viendo que les quitaban al que les partía el Pan celestial*, y al que distribuía el pan saludable de la palabra de Dios, daban grandes gritos y derramaban muchas lágrimas». De donde se infiere, que la iglesia de Heraclea estaba entonces en la cárcel y que S. Felipe celebraba el santo Sacrificio y daba allí mismo el Pan de los fuertes á los que iban á visitarle, ó lo enviaba á los ausentes por conducto de otros fieles. Y no se crea que las referidas palabras pueden entenderse del tiempo en que les repartía la Eucaristía, aun no demolidas las iglesias, porque es cierto que sólo bajo el gobernador Justino, estuvo aprisionado el santo más de siete meses, y como los cristianos no podían pasar sin celebrar el domingo, de ahí que las mencionadas palabras se refieran al tiempo en que S. Felipe estuvo en el calabozo.

Semejante á este hecho, existen innumerables en las actas de los mártires, de donde se podrá deducir que era costumbre general celebrar el Augusto Sacrificio en las cárceles por los obispos y presbíteros que en ellas se hallaban encerrados.

Y con efecto: S. Gerardo tuvo un altar usado por S. Dionisio, obispo de París, estando oprimido en la cárcel (1). Las actas (2) del martirio del Sumo Pontífice Urbano refieren que Almaquio, prefecto de Roma, mandó buscar por todas partes á los conocidos cristianos, y como encontrasen al papa Urbano y á dos presbíteros y tres diáconos suyos en una caverna á donde se habían refugiado, hizolos comparecer ante sí, y respondiendo que eran cristianos, hizolos aprisionar en oscuro calabozo. Con éstos se hallaban también los tribunos Flaviano, Calixto y Ammonio, á quienes, habiendo venido de noche varios de los cristianos que supie-

(1) Mabillon, Vita S. Gerard. aba. Bronomensis, num. 32.

(2) Bolland. día 25, pag. 12, mes de Mayo.

ron la prisión del Jefe de la Iglesia, llamaron á la puerta de la cárcel. Entonces el diácono Marcial lo anunció al Papa y éste rogó al alcaide Ansolino les permitiese la entrada. Concedida ésta, se arrojaron los angustiados católicos á los pies del sucesor de S. Pedro pidiendo les bendijese. Luego siguióse el alternativo canto de los salmos é himnos, al ver lo cual el carcelero, tocado de arrepentimiento, postróse á los pies del Papa y le pidió el bautismo. Éste le fué concedido, y al amanecer se dió principio al solemne Sacrificio de la Misa, en el que más bien parecía gozar de las celestiales delicias que de las amarguras de una dura prisión, terminándose el acto mediante la distribución de la Eucaristía á todos los que se hallaban presentes.

¿Qué más? Los Padres (1) africanos ortodoxos manifestaron contra los Donatistas, delante del cortesano Marcelino, que los mártires celebraban el Santo Sacrificio en sus prisiones; y hablando de la ordenación de Ceciliano, obispo de Cartago, añadieron los mismos Padres: «No es increíble que aquellos pocos obispos que en tiempo de persecución se congregaron en una casa particular, para practicar lo concerniente al culto y negocios eclesiásticos, celebrasen esto mismo cuando estuvieron presos en las cárceles, pues es cierto que en ellas celebraron los Sacramentos, ya que por los mismos estaban encarcelados».

**205.** Con los sacerdotes que celebraron el Sacrificio en las cárceles con medios ordinarios, se unen los que lo llevaron á la ejecución con medios maravillosos y extraordinarios. De S. Clemente de Ancira, refieren sus actas, que habiendo sido llevado á la cárcel por orden de Diocleciano, como se le reuniesen muchos infieles y catecúmenos para que les bautizase, y no teniendo por otra parte los vasos sagrados necesarios para celebrar la santa Misa, después de conferido el bautismo, notaron todos que á media noche la oscura prisión se llenó de claros resplandores y en medio de éstos admiraron á un hermosísimo joven, cubierto

(1) August. in Brevicul., Collat. diei 3 cum Donatist., cap. 17, n.º 33.

con una vestidura blanca y lucidísima, quien, acercándose al futuro mártir Clemente, le entregaba un pan y un cáliz. Estupefactos los asistentes al contemplar semejante maravilla, pretendieron conocer al misterioso joven, cuando al momento desapareció de sus ojos. Mas el bienaventurado S. Clemente, que había recibido la ofrenda, púsose á celebrar con indecible ternura el santo Sacrificio, y, una vez terminado, hizo partícipes de la Augusta Eucaristía á todos los que con él habían asistido á la celestial práctica. El venerable Apolonio (1), obispo de Brescia, estando en la cárcel, y no teniendo donde celebrar, vió, sobrecogido de espanto, que de los cielos bajó una limpiísima sábana, sobre la cual celebró, y consagró el Cuerpo y la Sangre del Redentor divino. Estando encerrado en la cárcel por causa de la fe, Simón Barsabeo, patriarca de los Caldeos, que murió bajo la tiranía de Sapor, rey de los Persas, y no teniendo altar donde ofrecer el Cuerpo y la Sangre del Salvador, el día de Jueves Santo, colocó el cáliz en la mano izquierda y la patena en la derecha de un presbítero que le asistía y de este modo perfeccionó el Sacrificio.

Á fin de que se vea el ansia que tenían los primitivos cristianos por ofrecer el Cuerpo y Sangre del Señor, y recibirle en sus pechos, y que los sacerdotes no reparaban de ofrecerle, en los angustiados trances de las horribles luchas que entablaban contra las potestades imperiales, quiero recordar aquel episodio tan memorable que se lee en las historias eclesiásticas, y del que hicimos mención en el primer Tratado de esta Obra (2). Vimos cómo S. Luciano, presbítero de la Iglesia de Antioquía, celebró sobre su pecho, porque de tal modo los satélites infernales le habían amarrado á las argollas de la pared, que su cuerpo formaba sobre sí mismo casi un ángulo recto. Teniendo sus manos atadas, y no siéndole posible coger el cáliz y la hostia, rogó á uno de los fieles que pusiese ambas cosas sobre su pecho; entonces el santo presbítero, después de algunas preces, pronun-

(1) In Act. SS. Faustini et Jovitæ, ad diem XV. Februar.

(2) Tomo II, pag. 47.

ció sobre aquel pan y aquel vino las palabras de la consagración y consumó el incruento Sacrificio. Á la verdad, como dice Gattico, (1) este santo no tuvo inconveniente alguno de celebrar del modo referido, porque ninguno de los que estaban presentes en la cárcel era iniciado en algún orden sagrado; y esto alude á la costumbre que había en aquellos tiempos de celebrar sobre las manos de los diáconos, según lo prueban varios ejemplos; por cuyo motivo prefirió consagrar sobre su bendito pecho antes que sobre las manos de legos. El mismo S. Luciano, con objeto de que nadie se extrañara de aquel improvisado altar, dijo á los circunstantes: «La mesa, sobre la que celebraremos hoy el Sacrificio será mi pecho, el cual no será menos honesto por ser criatura animada; vosotros seréis mi templo y Dios Nuestro Señor se complacerá de nuestro sacrificio» (2).

Lo que fueron las estaciones que practicaban los cristianos en las cárceles y otros pormenores, será cuestión de estudiarlo en el siguiente capítulo.

(1) De usu altar., portatil. cap. 3, §. 6.

(2) Bolland., Mart. del Santo.

## CAPÍTULO XVI

### SUMARIO

**206.** Estaciones.—**207.** En qué consistían y cuándo tenían lugar.

—**208.** En ellas se celebraba el Sacrificio y comulgaban los fieles.—**209.** Éstos recibían la Eucaristía, aun en tiempo en que no se celebraban las estaciones, de mano de los sacerdotes que estaban encarcelados con ellos.—**210.** Cuando no había sacerdotes aprisionados, iban á visitarles los ministros de la Iglesia; celebraban la misa en la cárcel y les daban la Comunión.—**211.** No siendo esto posible, Dios Nuestro Señor la enviaba en determinadas ocasiones por modo extraordinario.

**206.** Al hablar de las disposiciones necesarias para celebrar el Sacrificio y comulgar la Eucaristía, que en los primitivos tiempos de la Iglesia guardaban los fieles, tuvimos ocasión de hacer mención de las vigiliias; vimos que éstas empezaban al anoche y terminaban al alborar, durante cuyo tiempo los fieles cantaban los divinos salmos y practicaban lo concerniente á la celebración solemne de la Misa. Pues bien; los antiguos dividían tanto la noche como el día en cuatro partes iguales, y de ahí que á las de la noche llamasen vigiliias y á las del día estaciones. La primera vigilia de la noche empezaba á las seis de la tarde y terminaba á las nueve de la noche; á esta hora empezaba la segunda vigilia y terminaba á media noche; desde esta hora hasta las tres de la mañana duraba la tercera, mientras que la cuarta ó última finalizaba á las seis. Por esta explicación se comprenderán algunos textos de la sagrada Escritura que ha-